

PRÓLOGO

LAS NAVIDADES PASADAS

«Queridos y estresados compañeros:

¡Ha llegado el momento de elegir a un nuevo director general!

Como sabéis, esta será la última Navidad en la que tengamos que lidiar con Taylor Adeleman, alias el «Peor jefe de la historia», alias «Por qué no se muere de una vez», y dos candidatos pelean por ocupar su puesto: Taryn Stone y James Calloway.

Personalmente los ODIÓ a los dos, pero como también se odian entre sí, creo que estaremos mucho mejor con cualquiera de estos dos villanos al mando.

¿Queréis apostar sobre cuál se lleva el ascenso?

Que empiecen los Juegos de los Directores Generales.

Vuestra secretaria favorita

Sandra Ericson

Magnolia Marketing».

1

SEATTLE, WASHINGTON

LAS NAVIDADES PASADAS

TARYN

—¡Vamooooos! Venga, ¡por favor! —Atrapada en el denso tráfico matutino, toco el claxon.

No te pongas histérica, Taryn. Que no cunda el pánico. Aún es pronto.

—Taryn, la semana pasada hablamos de la agresividad al volante, ¿recuerdas? —dice una voz suave a través de los altavoces, recordándome al instante que no estoy sola.

Desde que tengo uso de razón, mi terapeuta insiste en que en vacaciones tengamos breves sesiones matinales breves, y la mayor parte de las veces me olvido de que me está escuchando.

—Sí, lo siento. —Contengo un suspiro—. ¿Crees que James Calloway se levanta para trabajar tan temprano como yo?

—James Calloway no es mi paciente.

—Es el archienemigo de tu paciente, y...

—Taryn, por enésima vez, no es saludable para que prestes tanta atención a una sola persona.

—Solo te he hecho una simple pregunta. Apuesto a que está despierto ahora mismo, pensando en nuevas formas de sabotearme.

—Te aseguro que obsesionarte así te hace mucho más daño a ti que a él.

Mentira...

—Si alguna vez conocieras a este hombre, te prometo que cambiarías tu diagnóstico.

—Taryn...

—¿Puedo llevármelo a la próxima sesión que tengamos en persona?
—pregunto—. Creo que dejarías de darme tan malos consejos si lo vieras en carne y hueso.

—No —replica con tono firme—. No vamos a pasarnos el resto de la mañana hablando de él, ¿vale?

—Vale. —Asiento como si ella pudiera verme.

—¿Por qué no hablamos de otra cosa?

No tengo nada más que decir.

—Mmm.

—¿Tienes ganas de pasar las fiestas con tu familia?

—Sí —admito—. Tengo las maletas hechas desde hace meses. Quedarme en The Grace Estate con ellos es el mejor momento del año.

—¿Alguna vez te has planteado pedirles que te enseñen fotos antiguas de los años que no recuerdas?

—Yo... —Esa pregunta cae sobre mí como una tonelada de ladrillos; es la verdadera razón por la que tengo que ir a una psicóloga, para ver si uno de estos días puedo desbloquear recuerdos desde «el incidente» del que nunca hablo, pero han pasado años y no he hecho ningún progreso.

—Está bien —me interrumpe ella—. ¿Tienes buenas noticias del trabajo?

—Están considerando mi nombre para un gran ascenso.

—¡Guau! ¡Es genial!

—Pero compito contra James Calloway —explico—. Te juro que si me gana en esto, voy a planificar su asesinato. No puedes testificar contra mí en el tribunal, ¿verdad?

—Vale, ya es suficiente...

—Escúchame —protesto, y le suelto la misma perorata que he usado infinidad de veces—. Sé que él no tiene la culpa de que yo haya perdido un montón de años trabajando en empresas que se han hundido o que haya picado y haya entrado en otras con esquemas piramidales, pero después de encontrar mi verdadera vocación en el marketing, no es justo que se interponga en mi camino.

»Ese tío podría venderle a alguien la cura para una enfermedad que no tiene; podría venderle cualquier cosa a un desconocido con un simple gesto de sus labios perfectos o por la sinceridad que transmiten sus ojos de color zafiro. Y lo sabe.

»Pero eso no lo hace mejor que yo, ¿sabes? Y tiene que enterarse de una vez. —Silencio—. ¿Hola? Doctora Foster, ¿sigues ahí?

Antes de que pueda comprobar si me ha colgado, el semáforo se pone en verde, me olvido de la terapia, me concentro en la carretera y repaso mentalmente las cosas en las que he trabajado durante todo el año.

Cuando por fin llego a la sede de la empresa, entro en mi papel de directora creativa y me apresuro hasta llegar a la planta superior.

—¡Buenos días, señorita Stone! —Mi ayudante, Eliza, me tiende una botella de agua.

—¿Le has rajado los neumáticos al señor Calloway, como te pedí?

—Solo he dejado entera la rueda trasera izquierda.

—¿Y su café?

—Me he asegurado de que la camarera usara pimienta de cayena en lugar de la canela de siempre.

—¡Buen trabajo! —La sigo a mi oficina y enciendo la luz.

En el momento en que suelto el bolso, la silla detrás de mi escritorio gira y Satán me sonrío.

—Buenos días, señorita Stone —saluda James Calloway con su voz profunda—. ¿Cómo se encuentra en esta preciosa mañana de lunes?

—Estaría mucho mejor si mi archienemigo no estuviera acomodado en mi asiento favorito.

—Además de rajarme los neumáticos y echarme a perder el café, su ayudante también ha puesto un superpegamento en la cerradura de mi despacho. —Se levanta, sin apartar la vista de mí—. ¿No piensa preguntarle sobre eso? —No me molesto en responder; él se acerca a mí y hago un esfuerzo por no inspirar el sexy aroma de su colonia—. Creía que era mejor que todo eso, señorita Stone —dice con tono de importancia—. Hay mucho en juego, y juraría que habíamos acordado no ponernos la zancadilla el uno al otro.

—¿Eso fue antes o después de que hiciera que yo no pudiera entrar en el edificio durante todo un fin de semana?

—Después. —Saca de su chaqueta una tarjeta rosa con las palabras «BUENA SUERTE» y me la tiende—. Que conste que le deseo toda la suerte del mundo.

—Eso es lo último que quiero de usted.

—¿Y qué es lo primero?

—Su muerte.

Suelta una carcajada y aborrezco a mi cuerpo por encenderse de este modo, como si este tío no fuera la razón por la que me enfurezco un montón de veces por semana.

—Ejem... —carraspea Eliza—. ¿Todavía quiere que le fastidie la ropa de la tintorería al señor Calloway? Como ya está aquí, no creo que merezca la pena.

—Puede hacerlo, Eliza. —James me mira con los ojos entrecerrados—. Esta semana aún no he tenido la oportunidad de decirle a mi personal que se ponga a trabajar en el caso de la señorita Stone.

—¡Bueno, basta ya! —David Waldman, el director financiero, entra en la sala—. ¿Cuántos añitos tenéis?

Respondemos al mismo tiempo.

—Él cree que tiene diecisiete años.

—Ella sigue creyendo que es una adolescente.

—¡Los dos os comportáis como unos críos! —se lamenta—. Y por mucho talento que tengáis, ha llegado la hora de madurar. Ya. A partir de ahora.

—Sí, señor —respondemos a la vez.

—Apartaos el uno del otro. —No nos movemos—. Ahora. —Nos quedamos quietos—. Concentraos en la reunión que tenéis esta tarde con el señor Adeleman. —El señor Waldman agarra a James de la mano y tira de él—. Y que Dios nos asista a todos los demás...

A última hora de la tarde, guardo los archivos en una carpeta e inspiro hondo antes de ir a coger el ascensor.

Este ascenso es mío. Todo mío...

Las puertas se abren y ahí está James. Me planteo dejar que suba solo, pero quizá yo no cause buena impresión si él llega primero, así que entro y me pongo delante de él.

Mientras el ascensor sube, miramos nuestros reflejos en el espejo.

—Solo para que conste —dice—, hoy estás preciosa, Taryn. —Lo ignoro—. Me gusta que te recojas así el pelo.

—No me hables.

—¿El vestido es nuevo? —Sí. Me muerdo el labio y me centro en los números de la parte superior, que indican las plantas que vamos subiendo—. E independientemente de lo que ocurra hoy, creo que eres brillante.

—Tus halagos no van a conseguir que te odie menos —suelto por fin—. Y si crees que cinco segundos de adulación me harán olvidar lo mucho que has intentado sabotearme desde que empecé a trabajar aquí, estás muy equivocado.

—¿Dices que te he saboteado porque soy mejor vendedor que tú?

—Gracias por recordarme por qué te estaba ignorando. —Pulso el botón de la planta una y otra vez, como si eso pudiera hacer que el trayecto fuera más rápido.

—¿Eso que tienes en el cuello es un chupetón? —James se agacha para acercarse más.

—Puede ser.

—¿Desde cuándo estás saliendo con alguien?

Antes de que pueda decirle que se ocupe de sus asuntos, se abren las puertas del ascensor. Si estuviéramos en buenos términos, le habría dicho la verdad: que esta mañana he perdido una pelea con mi rizador del pelo.

—Salgo con alguien muy especial que ha pensado que besarme así me daría buena suerte.

—Ya... —Tensa la mandíbula—. Qué majo.

—Lo es.

Paso primero y siento sus pasos tras de mí.

—¡Buenas tardes! —nos saluda el señor Adeleman cuando llegamos a su despacho—. ¡Pasen y siéntense en mi nuevo sofá! —James y yo cruzamos la mirada. Hace años que el señor Adeleman no decora su oficina. Lo único que hay en toda la estancia es un puf y una nevera, donde guarda su catálogo de helados. También hay una foto de cuerpo entero de su juventud, que contrasta con la imagen del frágil hombre canoso que tenemos ante nosotros—. No todos los días tengo que tomar una decisión sobre quién va a ocupar mi puesto y a ponerse en mis zapatos. —Lo piensa un segundo—. Calzo un cuarenta y cuatro, ¿saben? Ya no hacen buenos zapatos de cuero como antes. —Me fuerzo a sonreír, preparándome para una de sus largas y farragosas historias—. He estado pensando mucho en mi empresa... Se llama Magnolia Marketing. Le puse ese nombre por mi

árbol favorito. Mi árbol favorito es el magnolio, ¿saben? —No decimos nada, nos limitamos a mirarlo—. Muy bien, señor Calloway y señorita Stone: estoy convencido de que quieren que vaya al grano, así que no voy a hacerlos esperar más. Estoy muy contento con el trabajo que los dos... —Deja la frase inconclusa en el aire y permanece inmóvil durante varios segundos con la boca abierta—. Estoy orgulloso de los dos y de todo lo que han aportado a mi negocio, y ha sido una decisión muy difícil, pero... —pasea la vista de uno a otro, y de verdad que tengo que contenerme para no agarrarlo del cuello y arrancarle la decisión con una buena sacudida— he optado por la persona que trabaja incansablemente y conoce el marketing como nadie, y ella..., bueno, él es James Calloway.

¿QUÉ?

—Señor, ¿no querría decir Taryn Stone?

—No se lo tome a mal, señorita Stone —dice, acercándose a la nevera—. Ya llegará su momento. Por ahora, le he comprado una caja de polos rojos como premio de consolación. Hace mucho tiempo trabajaba como heladero, pero por aquel entonces no había frigoríficos...

No puedo fingir la debida cortesía, así que salgo de su despacho en mitad de la frase y voy corriendo hacia el ascensor.

—Espera, Taryn. —James, a mi espalda, me agarra del codo—. Espera.

—¿Puedes no regodearte durante al menos una hora, por favor?

—No iba a regodearme —dice, aunque puedo ver un brillo peculiar en sus ojos—. Solo quiero que sepas que este ascenso no cambiará nada entre nosotros.

—Nunca ha habido nada entre nosotros.

—Exacto. —Sonríe—. Tú seguirás trabajando con las mismas ganas, y espero que no te tomes como algo personal que yo sea tu nuevo jefe.

—Siempre y cuando no se te suba el cargo a la cabeza...

—Eso no va a pasar. —Las puertas se abren y entro, pero él no me acompaña—. Voy a quedarme aquí para ver si decido cómo quiero decorar mi nuevo despacho. Y ya que has dicho que necesitas una hora para lamentarte, cuando termines me vendría bien un café con dos azucarillos y un chorrillo de caramelo.

—Tienes un asistente personal para eso.

—Acabo de decidir que quiero que tú seas mi asistente.

Lo fulmino con la mirada.

—Más vale que este sea uno de tus estúpidos juegucitos...

—No te preocupes, no voy a bajarte la categoría salarial. Es más, te aumento el sueldo un treinta por ciento.

—Preferiría mantenerme en el mismo puesto y con el mismo salario.

—Eso sería una tontería, señorita Stone —replica—. De este modo, tendrás que ir todo el tiempo detrás de mí. ¿No es eso lo que siempre has deseado?

Las puertas se cierran antes de que pueda saltar y estrangularlo.

1 (B)

TARYN

***Prima Georgia:** ¡Felicidades por tu ascenso! ¡Sabía que lo lograrías! ¿Qué se siente al ser la nueva directora general? Llámame para que pueda felicitarte en por tu ENORME triunfo.*

Leo los mensajes con los ojos llenos de lágrimas. Todavía no le he dado la noticia a nadie porque aún tengo que acabar de procesarla yo misma.

Subo los escalones hasta mi apartamento, entro y enciendo las luces.

Y dejo caer el bolso al suelo, conmocionada: mi salón ha pasado de su decoración habitual en gris y negro a un impresionante país de las maravillas invernal en verde esmeralda y plata; un tren dorado en miniatura silba por unas vías que recorren el pasillo y llegan hasta la cocina; guirnaldas y más guirnaldas con luces brillantes cubren hasta el último centímetro de las paredes y en una esquina hay apilado un montón de regalos perfectamente envueltos en papel rojo; un enorme abeto hace guardia junto a las ventanas, con adornos de cristal que cuelgan entre los papeletos con recuerdos especiales que cuelgo todos los años.

En los meses posteriores al trágico accidente de tren que les costó la vida a mis padres, los alumnos de mi instituto me escribieron notas sobre mí y sobre pequeños detalles de nuestra ciudad natal para ayudarme a hacer memoria sobre lo que había ocurrido, y, aunque sus palabras no despertaron ningún recuerdo, las releo cada año.

Voy hasta el árbol y busco el adorno con forma de medallón de mi mejor amigo, Cameron.

Sus palabras están grabadas en una deslumbrante cursiva:

«Siempre estaré ahí para ti, como sé que tú siempre estarás ahí para mí. Si ninguno de los dos ha encontrado el amor a los treinta, prométeme que te casarás conmigo».

Lo dejo en su sitio y voy a la cocina a coger una botella de vino y una bolsa de patatas fritas y regreso al salón para dejarme caer en el sofá.

Pido una *pizza* y un trozo de tarta de chocolate para sentirme mejor, me aovillo en el sofá y busco algo que ver en la tele.

—¡Toc! ¡Toc! ¡Toc!

—¡Ya voy! —Aparto la manta y voy hacia la puerta— ¡Ya voy! —Espero encontrarme al repartidor, pero es James—. ¿Qué leches haces aquí? —pregunto.

—He pensado que después de lo que ha ocurrido hoy te vendría bien la compañía.

—¿Tu compañía?

—Sí. —Voy a cerrar de un portazo, pero mete el pie entre la puerta y el marco—. He comprado tu vino favorito y una tabla de quesos.

—Déjalo en las escaleras y vete —mascullo—. Tengo que hablar con Georgia.

—Esta noche estará ocupada organizando la boda de tu otro primo, así que no creo que vayas a poder hablar con ella.

—Pues tampoco quiero hablar de ello con mi nuevo jefe.

—Tu nuevo jefe está aquí para hacerte compañía. Y también acaba de decirle a Recursos Humanos que te suba el sueldo un cuarenta por ciento.

—Creía que habías dicho un treinta...

—Se ha dado cuenta de que no era suficiente. —Mira la botella que llevo en la mano—. Estaba convencido de que el señor Adeleman iba a elegirte a ti.

—¿Y te habría espantado si hubiera sido así?

—No —responde, y parece sincero—. ¿Puedes dejarme entrar, por favor?

—Solo si aceptas que esto es algo extraordinario y si prometes irte al cabo de dos horas exactas.

—Trato hecho. —Lo acompaño dentro y se queda paralizado al ver la decoración navideña.

—Debería haber dicho dos minutos —comento—. Se me había olvidado que odiabas las navidades.

—Puedo soportarlo un par de horas. —Se quita el abrigo y lo deja sobre el sofá, donde me acurruco, y él se sienta a mi lado.

En momentos así me siento cómoda a su lado, como si nos hubiéramos conocido en otra vida, pero eso no es posible, porque yo habría vivido en el cielo, y él tiene reservado un lugar especial en el infierno.

—¿Has pensado en despedir a alguien? —pregunto.

—No, a no ser que tengas alguna sugerencia.

—Henry, de Contabilidad, ha estado robando mil pavos todas las semanas.

—¿Y por qué nunca se lo has mencionado al señor Adeleman? —Le dedico la más inexpresiva de mis miradas y él se ríe—. De acuerdo. Lo investigaré. ¿Alguien más?

—Tu asistente personal quiere acostarse contigo.

—Eso no quiere decir que yo vaya a acostarme con ella.

—Yo solo te aviso. Si estuviera en tu lugar, no dejaría que se acercara demasiado.

—Hablando de acercarse demasiado... —Se agacha y pone un dedo con suavidad sobre la marca que tengo en el cuello—. ¿Quién te ha hecho esto?

—Pareces celoso.

—Lo estoy. ¿Tienes un novio nuevo?

—Tal vez —respondo, sin querer bajar la guardia del todo—. Por eso esta noche solo puedes quedarte dos horas.

—Mmm. —Va a la cocina como ya ha hecho muchas veces antes, abre los armarios como si fueran suyos y se sirve una copa de vino. Regresa al sofá y me pasa un brazo por los hombros.

—¿Quieres ver el último episodio de esa serie de crímenes reales? —pregunto.

—Creía que la habíamos terminado la semana pasada.

—Nos saltamos un capítulo —respondo—. Ese en que los compañeros de trabajo se apuñalaban unos a otros y luego conspiraban para matar al marido de alguien.

—Prefiero ver una repetición de *Ley y Orden: Unidad de víctimas especiales*.

—Sí, yo también... —Cojo el mando a distancia y me acurruco contra él.

El tiempo que le he dado a James termina dos episodios más tarde y lo acompaño a la puerta.

—No te olvides de lo de mañana —dice, subiéndose la cremallera del chaquetón.

—¿Que no me olvide de qué?

—De que quiero tener el café en mi mesa a primera hora de la mañana esta semana y la siguiente.

—¿Perdona?

—Es lo menos que puedes hacer en agradecimiento por el generoso aumento de sueldo que te he conseguido. —Espero a que se ría y me diga que es una broma, pero se limita a dedicarme su sonrisa perfecta—. Como te da tiempo para tener novio y siempre eres la primera persona en llegar al edificio, parar en una cafetería a coger dos cafés con leche no debería suponerte un gran trastorno, ¿no?

Le cierro la puerta en las narices.

2

A LA MAÑANA SIGUIENTE

JAMES

Hay dos tazas de café caliente sobre mi mesa, y sé que no debo darles ni un sorbo. La de la derecha tiene escrita la frase «*PARA MI QUERIDO JEFE NUEVO*», mientras que la de la izquierda dice: «*NO SOY TU PUÑETERA BECARIA. BEBE DESPACIO*».

—¡Daphne! —llamo a mi asistente.

—¿Sí, señor Calloway?

—¿Puede pedirle a la señorita Stone que venga aquí, por favor?

—¿Por qué? —Ella se acerca a mi escritorio—. ¿Va todo bien?

—Tengo que comentar un par de cosas con ella.

—Puedo pasarle el mensaje. —Coge su teléfono—. Puedo grabar sus palabras y transcribirlas textualmente para enviarlas por correo. Como nuevo director general, ya no tiene por qué perder el tiempo con la plebe.

—La señorita Stone solo está un peldaño por debajo de mí en el escalafón, Daphne.

—Por debajo de nosotros, querrá decir.

Jesús.

—Por favor, ¿puede decirle que venga de una vez?

—Lo haré solo porque no quiero ver disgustado a mi jefe.

—Sale corriendo de mi despacho y yo le envío una nota a Recursos Humanos para que la sustituyan en el plazo de un año.

Minutos después, Taryn entra en mi despacho con un vestido color ciruela que se ciñe a sus curvas y deja entrever sus perfectos pechos de copa C.

Desvió la vista hasta sus tacones de aguja a juego con la ropa cuando viene hacia mi mesa, imaginando cómo me sentiría si me rodeara la cintura con sus piernas, y al final alzo la mirada hacia su hermoso rostro.

Es una puta fantasía...

—¿Y bien, señor Calloway? —pregunta—. ¿Me ha llamado para pedirme una cucharada extra de nata montada en su café?

—¿Me la conseguiría si se lo pidiera?

—No. —Coge una de las tazas y le da un lento sorbo.

Eso me convence de que no ha puesto veneno en el café y cojo la otra; ella toma asiento frente a mí.

—Entonces, ¿qué opina? —pregunto, reclinándome en mi asiento.

—¿Sobre qué?

—Sobre la campaña de Capricho. —Señalo la pantalla que tenemos enfrente—. No ha respondido a ninguno de los correos que le he enviado esta mañana.

—Señor Calloway, como es el nuevo director general, no creo que deba importarle la opinión de una subordinada.

—Me importa porque no hay nadie en esta empresa que tenga más ojo para el diseño que usted.

—Mmm. —Mira la pantalla y ladea la cabeza—. El tipo de letra no me parece elegante y el logotipo no me anima a comprar el producto. Si yo fuera usted, pediría al equipo que volviera a la mesa de diseño.

—Así lo haré. Muchas gracias. —Lo pienso unos instantes—. ¿Puedo preguntarle algo de forma extraoficial?

—No. —Se levanta, esquivando mi mirada—. A partir de ahora todo será oficial entre nosotros, señor Calloway.

—Me gustaría seguir quedando contigo para comer los fines de semana, como solíamos hacer antes del ascenso.

—Para hablar solo de negocios, ¿no? —Silencio—. Por cierto: los de la segunda planta están planeando dar una fiesta temática de Papá Noel para celebrar tu ascenso.

—¿Papá Noel? —mascullo—. ¿Quién ha tenido esa idea tan brillante?

—Bob, el de Editorial. Pero no te preocupes; como un último

favor hacia ti, le he dicho que se contuviera y que se dedicara a organizar una sencilla fiesta de Año Nuevo en enero.

—Gracias.

Ella se encoge de hombros en lugar de decir «*De nada*».

—Otra cosa: me reincorporaré al trabajo el tres de enero. Voy a tomarme unas vacaciones.

—Se supone que deberías preguntármelo y no decírmelo sin más.

—Ah, vale. —Se cruza de brazos—. ¿Puedo decirte que me voy de vacaciones y que no volveré hasta el tres de enero?

—Bien. —Pongo los ojos en blanco—. Pero tendrás que comprometerte a trabajar durante las vacaciones del año que viene. Tengo que contratar a un director creativo para entonces, y me gustaría que fueras tú.

—El año que viene ni siquiera estaré aquí.

¿*QUÉ?*

—¿Qué has dicho?

—He dicho: «Gracias por tu amabilidad y comprensión. Nos vemos el año que viene».

—Eso no es lo que has dicho, Taryn.

—No puedes probarlo. —Va hacia la puerta.

—Espera un segundo, Taryn. Espera.

—¿Sí? —Me mira por encima del hombro.

—¿Este año es cuando tienes que cumplir el pacto que has hecho con Cameron de casarte con él en Navidad?

Ella jadea.

—¿Te lo había contado?

—Varias veces. —Asiento.

—Todavía tengo veintinueve años —responde—. Nos casaremos el año que viene si para entonces no me he enamorado de otra persona.

—Vale.

—Bueno.

—¿Vas a intentar encontrar a alguien? —pregunto—. ¿O es que sientes algo por él?

—Me temo que las respuestas a esas preguntas no son de su incumbencia, señor Calloway —dice con voz firme, abriendo la puerta—. Nos vemos después de Año Nuevo. Felicidades por su ascenso.

3

UN AÑO DESPUÉS

TARYN

Por mucho que me moleste admitirlo, James es un director increíble.

Bajo su batuta, Magnolia Marketing ha pasado de ser la cuarta mejor empresa publicitaria del país a ser la número uno. Me pagan el triple de lo que ganaba antes, y, aunque insiste en que me reúna con él todas las semanas en encuentros de trabajo y almuerzos llenos de tensión, es mucho mejor jefe de lo que nunca fue Adeleman.

Dejo un café con leche sobre su mesa y veo a su ayudante desabrochándose la blusa para dejar a la vista un deslumbrante sujetador rojo de Papá Noel.

—Sabes que el señor Calloway odia las navidades, ¿verdad? —pregunto.

—Sé que te odia a ti —resopla—. No te metas en nuestros asuntos.

—Claro... —Sacudo la cabeza—. ¿Puedes decirle que los de Fresh Team han cambiado la fecha de la reunión para Nochebuena y que así tendrá un poco más de tiempo para trabajar en ello?

—Tendrás que decírselo a otra persona. El señor Calloway se va a tomar unos días libres por Navidad, así que los demás ejecutivos y tú deberéis resolver esos asuntos entre vosotros mientras él disfruta de unas merecidas vacaciones.

—¿Va a algún lugar como Los Ángeles o Hawái?

—No creo que me hubiera pedido que le empaquetara el equipo de esquí si ese fuera el caso. —Señala una maleta y una pila de cajas de color esmeralda perfectamente envueltas. Confundida, me acerco a ellas y siento un inesperado dolor en el pecho. *¿Ha estado saliendo con alguien este año? ¿Cómo no me había dado cuenta?*—. Es una relación a distancia —responde Daphne leyéndome la mente—. Pero, aun así, todavía tengo esperanzas. Confío en que se produzca un milagro navideño.

—¿Un milagro navideño para qué, Daphne? —pregunta James, entrando en el despacho.

—¡Para nada! —Se sonroja y va correteando hasta su mesa.

Carraspeo y le paso una carpeta.

—Aquí tiene todo lo que necesita para la campaña de Raymond. —Me resisto a mirarlo a los ojos—. Si el equipo tiene dudas con alguna de mis notas, puede llamarme.

—¿Llamarla?

—Sí. Tienen mi número de teléfono, pero adviértales que Colorado está en un huso horario distinto al de Seattle.

Se cruza de brazos y me mira fijamente, clavándome en el sitio con esa expresión tan sexy.

—Señorita Stone, ¿recuerda cuando hablamos el año pasado por estas fechas y le dije que este año tendría que trabajar en Navidad?

—La verdad es que no. No lo recuerdo en absoluto.

—Bueno, pues lo hablamos, y he enviado varios correos a todos los ejecutivos sobre este tema en los últimos meses. No podemos permitirnos prescindir de nadie a estas alturas del año.

—Entonces, ¿cómo es que usted se va de vacaciones?

—Porque soy el jefe. —Entrecierra los ojos—. Y tengo que atender ciertos asuntos especiales.

—Tirarse a su novia secreta puede esperar unos días. —Me encojo de hombros—. Estaré disponible por teléfono. Punto.

—Este tema no es susceptible de debate, señorita Stone.

—Pues, en ese caso, parece que, para variar, estamos de acuerdo. Silencio.

Como si Daphne sintiera el cambio en el ambiente, se asoma al despacho y vuelve a salir corriendo.

—Señorita Stone, si no se queda y trabaja con su equipo, no podré ascenderla al puesto que se merece.

—Ya tengo el trabajo que merezco —le espeto—. No me he perdido ni unas navidades desde que empecé a trabajar aquí, y no pienso empezar ahora. Incluso el señor Adeleman era indulgente cuando se trataba de la familia, algo que tú no pareces entender.

—No hace falta llevar esto al terreno personal.

—¿Por qué de repente te vas de vacaciones tú?

—Eso no es asunto tuyo —replica—. Aparte de eso, ten la seguridad de que no va a ser a algún sitio para casarme con alguien que solo me llama de tarde en tarde...

—Mira quién habla de no llevar las cosas al terreno personal...

—Lo único que debería preocuparte es que, si no estás aquí para ocuparte de todo mientras estoy fuera, vamos a tener un problema.

—Qué importa uno más...

—No me pongas a prueba, Taryn. Si no te presentas a trabajar este fin de semana, verás lo que es bueno.

Su expresión me dice que debería reconsiderar mi postura, pero mi familia es lo primero, y él va a tener que aguantarse.

—No es culpa mía que odies a tu familia —rezongo—. Y la única razón por la que odias tanto estas fiestas es porque el que todo el mundo tenga relaciones felices es un cruel recordatorio de lo que eres incapaz de conseguir para ti mismo.

—Lárgate de mi oficina.

—Con mucho gusto.